



VOLVER A COMENZAR

Cuando la vida te golpea

Dion Garrett

Dion Garrett es graduado de la Universidad Concordia de Ann Arbor, Michigan y del Seminario Concordia de St. Louis, Missouri. Sirve como pastor en la iglesia Pathfinder en Ellisville, Missouri. Junto con su esposa Jocelyn son padres de Ellie, Aria y Corbin. Es un ávido lector que aporta su pasión, energía y relevancia cultural a su enseñanza, desafiando a otros a profundizar y vivir como cristianos con mentalidad misionera.

¿Por qué a mí?

En el mundo tendrán aflicción; pero confíen, yo he vencido al mundo (Juan 16:33b).

“En el mundo tendrán aflicción...”. ¡Ya lo creo que tenemos aflicciones! A pesar de llevar una vida relativamente cómoda, no deja de asombrarme la cantidad de problemas que enfrentamos a diario. Algunos de los más obvios: enfermedades crónicas o terminales, accidentes, tormentas, terremotos, locos que cometen actos de violencia masiva. Y a esto, como si no fuera suficiente, se agregan las complejidades de las relaciones humanas como la traición, los celos y la deshonestidad. Si a todo esto le sumamos otras cosas como la falta de dinero, la pérdida de trabajo o el desempleo, es claro que Jesús tuvo razón cuando dijo que en este mundo *tendremos aflicciones*.

Si eres una de las pocas personas que al leer esto *no* está asintiendo con la cabeza, afirmando así la veracidad de la declaración de Jesús, déjame decirte algo: solo es cuestión de tiempo. Tarde o temprano vas a tener problemas y, cuando sea así, es probable que te vayas a preguntar lo que toda persona que haya respirado alguna vez se pregunta en una situación semejante: “¿Por qué a mí?”

“¿Por qué a mí?” es una pregunta cargada de emociones como confusión, conmoción, soledad y traición, y que está basada en la suposición de que lo que lo que a uno le está sucediendo es único. Es una pregunta que asume que Dios nos está castigando o que está disgustado con nosotros. Y es comprensible pensar así... hasta que comenzamos a mirar a nuestro alrededor y nos damos cuenta de los gritos silenciosos de muchas otras personas que también están luchando sus propias batallas.

A una milla de mi casa hay una funeraria, por lo que que paso muchas veces por delante de ella, y casi todos los días el estacionamiento está lleno. La mayoría de las veces pasa desapercibido, porque los estacionamientos de los otros comercios también están llenos. Pero de vez en cuando tomo conciencia de lo que allí está sucediendo: mientras que yo estoy yendo al trabajo, a recoger a los niños o a tomar un café con un amigo, es decir, mientras estoy haciendo las cosas *normales* de la vida, el mundo de otra persona se ha derrumbado. Allí adentro hay alguien que está tratando de descifrar cómo va a enfrentar el mañana. Alguien que se está preguntando si alguna vez volverá a ser feliz. *Alguien*. Todos los días, en mi comunidad, se le da vuelta la vida a una persona. *Todos los días*. Pero hasta que no sea yo, hasta que no sea *mi día*, vivo como si el mundo estuviera lleno de golosinas, arcoíris y paseos en el parque. No vivo en el *mundo real* donde el sufrimiento es una parte universal de la experiencia humana.

Tal vez estás leyendo esto porque te ha llegado *tu día*: los problemas te han visitado y estás tratando de descifrar cómo vas a seguir adelante. O tal vez todo es color de rosa y estás leyendo esto solo porque es lo único que has podido encontrar para leer. Si te encuentras en el primer grupo, quiero que sepas que *no estás solo*. En este mismo momento hay millones de personas atravesando por el mismo tipo de dolor o pérdida por el que tú estás atravesando.

El grito divino

Tal vez lo que he dicho hasta ahora no te ayude mucho. Si es así, por favor sigue leyendo de todos modos. Cada vez que tenemos la tentación de preguntar: “¿Por qué a mí?”, debemos recordar no solo la universalidad del sufrimiento humano, sino también la realidad del *sufrimiento divino*. Jesús, quien nos advirtió: “*En este mundo tendrán aflicción*”, no se excluía de ese presagio.

A la vez que les decía eso a sus seguidores, Jesús se estaba preparando para la peor traición de uno de ellos. A eso lo siguió el abandono total por parte de todos los que le importaban. Y las cosas siguieron de mal en peor: acusaciones falsas, tortura y, en última instancia, una muerte brutal. Jesús pronunció esas palabras como una profecía sobre su propio futuro. Sabía que hasta a *él* le esperaban problemas.

Por alguna razón, el saber esto me consuela. Y creo que puede consolarnos a todos. Porque significa que Dios no nos ha pedido que soportemos nada que él mismo no haya soportado. Significa que él conoce íntimamente el sufrimiento y la pérdida. Jesús, el Hijo de Dios, Aquel a través del cual se hizo el mundo, el Príncipe heredero del cielo, experimentó su propio “¿Por qué a mí?”, cuando lloró en un jardín rogándole a su Padre que considerara escribir un final diferente para su historia, y cuando desde la cruz gritó: “*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*”.

Jesús entiende nuestros problemas y sufrimientos. También lo hace su Padre en el cielo. Piénsalo de esta manera: Dios el Padre tuvo que ver cómo las personas que él creó y amó se volvieron contra su amado Hijo. Hay pocas cosas más dolorosas de presenciar para un padre que ver a sus hijos siendo lastimados. ¿Te imaginas el dolor en el corazón del Padre cuando los celos y el odio llegaron a un punto tal que sus propias creaturas derramaron la sangre de su único Hijo?

Si Dios hubiera declarado la universalidad del problema para *todos los demás*, pero se hubiera permitido permanecer inmune, habría estado justificado. Después de todo Él es Dios y, como tal, puede hacer lo que quiera. Pero el hecho que permitió que el dolor llegara a los reinos más altos del cielo para perforar su propio corazón, me hace amarlo. Dios se ha unido a nosotros en nuestro dolor y lo comprende. Cuando experimentamos dolor y pérdida no estamos solos: Dios ya ha estado allí y sigue estando allí *con* nosotros y *para* nosotros.

¿Derribado o noqueado?

Espero que entiendas que cuando la vida te golpea, no es nada personal. Todos vamos a tener problemas en este mundo; es solo cuestión de cuándo. Pero también hay otra cosa: si bien todos tenemos problemas, no todos salimos de ellos de la misma forma. ¿Alguna vez has notado esto? Dos personas pueden sufrir de maneras casi idénticas, pero mientras que una aparece magullada pero no quebrada sino hasta más fuerte que antes, la otra cierra las persianas, baja las luces y se encierra en un dolor interminable. En otras palabras, **si bien todos tenemos problemas y luchas, solo algunos de nosotros logramos sobreponernos y levantarnos.**

Invertir tiempo y energía tratando de descubrir por qué tenemos problemas no ayuda a nadie. Las personas sabias se hacen otra pregunta: **¿Cuál es la diferencia entre quienes crecen a raíz de los problemas y quienes son aplastados por ellos?**

Antes de sumergirnos en esta pregunta, va otra observación: a *todos* nos gusta escuchar de personas que se levantan después que la vida les da un golpe. Ya sea Batman recuperándose después que el villano casi lo destruye, o un atleta olímpico que supera una infancia trágica o un accidente devastador, el saber que alguien ha triunfado ante la adversidad nos anima. Hay algo universalmente atractivo acerca de ello. No estoy seguro por qué, pero tengo una teoría. Se me ocurre que tal vez Dios plantó en lo profundo de nosotros el amor por estas historias de triunfo porque esa es, en última instancia, la historia de Jesús al *levantarse* de la tumba en la Pascua. Nunca en la historia ha habido un triunfo mayor: Jesús derrotó a la muerte y salió victorioso. Al hacerlo así, Dios no solo nos prepara para el regreso de Jesús, sino también para cuando nosotros tengamos que levantarnos.

Volvamos ahora a la pregunta en cuestión: ¿cuál es la diferencia entre quienes crecen a raíz de los problemas y quienes son aplastados por ellos? Quiero dejar algo en claro: no creo que haya ninguna diferencia innata. No es como si algunas personas nacieran más fuertes y más capaces que otras para superar las adversidades. Si existe tal diferencia, como mucho es marginal. En mi experiencia, las personas que se levantan y salen fortalecidas de la adversidad son las que saben algo acerca de la vida y de Dios. Pero lo que saben no es en realidad un secreto; está a la vista.

El secreto a la vista

En Marcos 4, un joven llamado Pedro relata un evento muy memorable. Pedro era seguidor de Jesús, uno de los doce que estaban más cerca de él. Más adelante en la vida, su amigo Marcos escribió este relato (en lo que hoy conocemos como el Evangelio de Marcos) como un testimonio de lo que Pedro había experimentado con Jesús. Este evento fue uno de los muchos en la vida de Pedro que lo convencieron de que Jesús era más que un hombre, incluso más que un profeta. Las pruebas fueron tan convincentes, que Pedro pasó el resto de su vida hablando sobre Jesús a un mundo escéptico.

La escena es el Mar de Galilea, que en realidad se parece más a un lago grande, donde se encuentran Jesús y sus discípulos en un bote. Recuerda que estamos hablando de un lago, así que cuando surge una tormenta feroz, los discípulos (muchos de los cuales no eran ajenos a la vida en un bote) son tomados por sorpresa y comienzan a temer por sus vidas. Jesús, por su parte, duerme profundamente en la parte trasera del bote. Los discípulos están indignados, lo que confirma una dura lección que yo tuve que aprender: *en una crisis, nadie aprecia a una persona tranquila*.

Uno creería que sería bueno tener una persona sensata en el grupo cuando todos se están volviendo locos. ¡Pero no! Si eres una persona tranquila por naturaleza, aquí está mi consejo: toma algunas lecciones de teatro para poder unirse a la histeria cuando haya una emergencia. Eso extenderá la vida de tus relaciones.

Pero Jesús estaba más allá de cualquier lección de teatro, así que permaneció en el bote durmiendo. Y Marcos 4:38 dice cómo respondieron los discípulos:

“Jesús estaba en la popa, y dormía sobre una almohada. Lo despertaron y le dijeron: ‘¡Maestro! ¿Acaso no te importa que estamos por naufragar?’” (Marcos 4:38).

¿Lo captaste? “Maestro, ¿acaso no te importa?” Todos estamos tentados de decir eso cuando tenemos problemas. Asumimos automáticamente que a Dios no le importa. **Dudamos del carácter de Dios.**

En lugar de asumir que la siesta de Jesús era como si les estuviera diciendo: “No se preocupen. ¡Todo va a estar bien! No vale la pena perder el sueño por esto”, los discípulos asumieron lo peor: que a Jesús no le importaban. Por cierto, lo entiendo. Entiendo lo difícil que es no pensar así cuando uno está asustado, en peligro o sufriendo. Pero, por otro lado, mientras insistamos en pensar así, no podremos avanzar.

Cuando surgen problemas es automático cuestionar a Dios y dudar de Él. Esto se debe a una serie de suposiciones erróneas, algo así como: si Dios es todopoderoso y todo amor, no me dejaría soportar cosas difíciles como esta; por lo tanto, o no me ama o no es amoroso. La mayoría de nosotros nos enojamos con Dios porque creemos que *podría* haber hecho algo para ayudarnos, pero decidió no hacerlo. “Maestro, ¿acaso no te importa?” Pero este es un camino oscuro y sin salida. Cuando los problemas nos visitan todos comenzamos por este camino, pero son los que permanecen en él los que terminan en la desesperación.

Pero hay otros que, si bien comienzan por este camino, luego hacen un cambio de sentido. Esas personas entienden lo que los discípulos no entendieron ese día en el bote, o sea, que:

1. Dios nunca prometió una vida sin problemas;
2. Dios puede redimir hasta las dificultades más insensatas que soportamos;
3. Dios siempre es *bueno* con quienes lo aman.

El cuento de hadas de una vida sin problemas

Ya hemos hablado ampliamente sobre la promesa de Jesús de una vida de problemas, así que solo quiero agregar una cosa más. Aunque sabemos que los problemas son universales, todos tendemos a vivir con una falsa sensación de seguridad, creyendo en una vida que nadie nos ha prometido.

Hace unos años, un amigo mío con una familia cristiana sólida perdió a su hija de 18 años. Fue un accidente automovilístico sin sentido. Nadie estaba borracho; nadie fue particularmente negligente. Fue un *accidente* y, sin embargo, ese accidente tomó una vida hermosa. Yo lamenté esa pérdida más profundamente que cualquier otra pérdida que pueda recordar. Pero después de unos días en ese viaje hacia el dolor, me di cuenta que apenas una parte de mi

duelo era por ellos; el resto era por mí: estaba llorando la pérdida del mundo imaginario que me había creado, donde los hijos de las familias que honran a Cristo no mueren en accidentes automovilísticos. Y me estaba lamentando de antemano por los problemas que aún pueden sucederle a mi propia familia, a mis propios hijos.

Si todavía crees que tienes derecho, ya sea por tu fe, tu bondad, tu buena apariencia o cualquier otra cosa, a una vida sin problemas, cuanto antes dejes de creer en ese cuento de hadas, mejor será. En este mundo *vas a tener problemas*. Deja de creer en algo que Dios *no* te ha prometido.

Últimamente, cuando llevo a mis hijos a la cama por la noche, he estado tomando conciencia de que cuando salga el sol quizás podría haber problemas esperándolos. No lo temo ni me preocupo por eso, pero sí lo reconozco. Luego hago una oración de agradecimiento a Dios por el día *anormal* que hemos disfrutado, un día sin problemas.

No es que esté deprimido y tampoco creo ser cínico. Simplemente estoy viviendo bajo una nueva comprensión de cómo funciona la vida. Dios no me ha prometido una vida sin problemas, sino que me está enseñando cómo levantarme cuando la vida me voltea, porque Él ya ha vencido. Las personas que triunfan ante la adversidad, parecen saber esto. Lo aprendieron antes de que los problemas los visitaran o en el camino. En cualquier caso, ¡lo saben! Y eso hace una diferencia tremenda.

Problemas redimibles

Cuando estaba matando mi cuento de hadas (fantasía) de una vida sin problemas, comencé a notar algo en mis oraciones que, al principio, me perturbó: cada vez que oraba por las personas que amo, todo lo que le pedía a Dios era que las *protejera*.

Las oraciones por protección no carecen de precedentes (ver Juan 17:11-15); pero, aun así, me di cuenta de que eso era *todo* por lo que siempre pedía. Entonces me puse a pensar en mi propia vida. De niño no experimenté nada parecido a una vida sin problemas. De hecho, cuando estaba de novio con mi esposa solía divertirme contándole historias reales de mi infancia semi trágica. Sus ojos se agrandaban y se llenaban de lágrimas, y decía cosas como: "¡Pobrecito!" Y luego me abrazaba. Admito que pudo haber sido *un poco* manipulador, pero cuando uno quiere impresionar a su novia tiene que aprovechar todo lo que puede.

Aun así, al reflexionar sobre los numerosos problemas que experimenté en mi vida, llego a dos conclusiones contundentes:

1. Dios no es la causa de mis problemas. La causa suelen ser las decisiones equivocadas, un comportamiento egoísta o el resultado del quebrantamiento humano.
2. Aun así, Dios *usa* esos problemas para formarme.

Ahora que soy adulto, por más que trato de imaginar mi vida sin toda la basura que experimenté mientras crecía, no lo logro. Un hombre llamado José lo resumió muy bien. Cuando se enfrentó a sus hermanos, quienes le habían causado problemas inimaginables, les dijo: "Ustedes pensaron hacerme mal, pero Dios cambió todo para bien, para hacer lo que hoy vemos, que es darle vida a mucha gente" (Génesis 50:20). En la trágica vida de José, y en nuestras propias tragedias, podemos saber que cuando nos suceden cosas malas Dios no tiene la culpa y que, si confiamos en Él, Él puede usar esas cosas para darnos un bien inimaginable.

Tú conoces historias de personas que volvieron a comenzar luego que la vida las golpeó. Una madre que perdió a su hijo en un accidente por conducir ebrio crea una organización que salva a millones de otros padres del mismo dolor. Una niña rescatada del comercio sexual en Camboya usa su vida para ayudar a cientos de mujeres jóvenes a tener esperanza y futuro. Nunca culparías a Dios por el problema, pero puedes ver cómo Dios *usa* el problema, lo *redime* y logra algo bueno a partir de él.

¿Puedes creer que esto también es cierto para tu vida? ¿Puedes mantener la tensión entre estas dos ideas: que Dios no es la *causa* de tus problemas y que Él puede *usar* tus problemas para formarte?

Aquí va una palabra de advertencia para quienes intentan ayudar a otra persona a triunfar en la adversidad. Una cosa que no tolero es cuando un cristiano bien intencionado le dice a alguien que está enfrentando una tragedia: "¡Todo sucede por una razón!" La verdad es que no todo sucede por una razón, sino que vivimos en un mundo contaminado por los males del pecado y la muerte. Las consecuencias del pecado son cruelmente *irrazonables*. Y, sin embargo, Dios es

infinitamente bueno. Ninguna crueldad, por peor que sea, es rival para él. Recuerda: Dios no causa nuestros problemas, pero puede cambiar drásticamente los efectos que los problemas traen a nuestras vidas.

En estos momentos estoy pasando por una temporada sin problemas. Por más que quisiera que esta temporada durara para siempre, tanto para mí como para mis hijos, entiendo que sin problemas hay pocas posibilidades de crecer. La Biblia habla de esto repetidamente.

“Hijo mío, no desdeñes la corrección del Señor; no te sientas mal cuando te reprenda. El Señor corrige al que ama, como lo hace el padre con su hijo amado” (Proverbios 3:11-12).

“Hermanos míos, considérense muy dichosos cuando estén pasando por diversas pruebas. Bien saben que, cuando su fe es puesta a prueba, produce paciencia. Pero procuren que la paciencia complete su obra, para que sean perfectos y cabales, sin que les falta nada” (Santiago 1:2-4).

“Esto les causa gran regocijo, aun cuando les sea necesario soportar por algún tiempo diversas pruebas y aflicciones; pero cuando la fe de ustedes sea puesta a prueba, como el oro, habrá de manifestarse en alabanza, gloria y honra el día que Jesucristo se revele. El oro es perecedero y, sin embargo, se prueba en el fuego; ¡y la fe de ustedes es mucho más preciosa que el oro!” (1 Pedro 1:6-7).

Así que ahora he cambiado la forma en que rezo por mis hijos e incluso por mí mismo: ahora pido por *crecimiento* en lugar de *protección*. Estaría mintiendo si dijera que no pido nunca por protección, pero ahora en mi corazón tengo claro que, si pudiera tener una cosa para mis seres queridos y para mí, sería la mano formadora de Dios en nuestras vidas, incluso a expensas de la protección.

Eso también significa que Dios probablemente tendrá que *permitir* (no *causar*) problemas, y también estoy aprendiendo a estar de acuerdo con eso porque sé que Jesús ha vencido al mundo. Por lo tanto, los problemas nunca tienen la última palabra. Dios toma los problemas y los hace funcionar para Él. Dios no es la causa, pero sí cambia el efecto: lo que quería aplastarnos, pasa a formarnos. Si quieres ser el tipo de persona que triunfa ante las adversidades, también debes conocer esta verdad.

Dios es bueno

Una vez que dejas de creer en el cuento de hadas de una vida sin problemas y aceptas cómo Dios usa (no causa) los problemas para producir cosas buenas en tu vida, te será más fácil creer que Dios es bueno, incluso cuando la vida no lo sea.

Volvamos a los discípulos en el bote. Después de acusar a Jesús de no preocuparse por ellos (es decir, de no ser un líder muy “bueno”), Jesús se pone de pie, les habla con autoridad al viento y a las olas, y estos inmediatamente se calman. Luego se dirige a sus discípulos con una pregunta muy importante: “¿Por qué tienen tanto miedo? ¿Cómo es que no tienen fe?”. Marcos dice que estaban muy asustados y que se preguntaron: “¿Quién es este, que hasta el viento y las aguas le obedecen?” (Ver Marcos 4:40-41.)

Los discípulos se asustaron por el poder de Jesús. No se parecía a nada que hubieran visto antes. De pronto, el bote les pareció mucho más pequeño. Ahora sabían que ese “maestro” era más poderoso que cualquiera que hubieran conocido, y eso era algo aterrador.

Pero esa fue solo la mitad de la lección. Jesús no estaba mostrándoles su poder para presumir, sino que estaba respondiendo a la acusación que le habían hecho: “Maestro, ¿no te importa?” ¡Por supuesto, que le importaba, más de lo que ellos podían imaginar! Pero les costaba verlo. Incluso cuando él les dio la máxima demostración de su amor ese viernes “santo”, no entendieron el mensaje más importante de este Maestro: ¡que es bueno y que le importamos!

Aunque les tomó un tiempo verlo, los discípulos finalmente aprendieron esta lección. Irónicamente, una vez que descubrieron lo bueno que es Jesús, comenzaron realmente los problemas. Tenían tanta fe en Jesús que querían compartirlo con todos los que los rodeaban, y por ello comenzaron a ser perseguidos. Los problemas llegaron y se instalaron en sus vidas. Pero, en vez de desesperarse, los discípulos estaban cada vez más convencidos del amor de Jesús y, por extensión, del Padre.

Se necesita fe para creer que Dios es bueno, incluso cuando la vida esté lejos de ser buena. Se necesita una fe heroica y profunda, del tipo que solo puede dar el Espíritu Santo (ver Lucas 11:13). Pero cuando uno comienza a confiar en la bondad de Dios en medio de los problemas, es cuando comienza a desarrollarse un ciclo increíble.



Cuanto más **CONFÍAS** en la bondad de Dios en medio de las dificultades más puedes ver su bondad, y esto te permite confiar aún más en su bondad.

Pero para llegar a eso tienes que comenzar en alguna parte. **Tienes que tomar la decisión de confiar en que Dios es bueno, pase lo que pase.** Esto es diferente a tomar la decisión de creer que Jesús es tu Señor o que Jesús es tu Salvador; Dios tiene que llevarte a eso. Esta, en cambio, es una elección que tienes el poder de hacer después de conocer a Jesús. Es la elección de confiar en que él es bueno incluso cuando todo lo que te rodea parece estar gritando lo contrario, y luego sentarte a observar cómo te muestra su bondad.

Cada vez que enfrentes sufrimiento o desesperanza, recuerda la cruz donde Jesús sufrió y murió por tu bien y la tumba de la cual resucitó victoriosamente. Eso te ayudará a ver cómo Dios está obrando en tus problemas para convencerte de que Él es bueno. O, como promete en el Salmo 50:15: “Invócame en el día de la angustia; yo te libraré, y tú me honrarás”.

¿Pero acaso puede Dios mostrarte su bondad si no la estás buscando? ¡Por supuesto! Solo que, cuando no la buscamos, es demasiado fácil pasarla por alto. Si los discípulos hubieran sabido esta verdad sobre la bondad de Dios cuando la tormenta envolvió su bote ese día, les habría sido mucho más fácil esperar en Jesús en lugar de despertarlo en pánico. Las personas que han soportado cosas inimaginables y no solo han sobrevivido, sino que han prosperado, son las que han aprendido a confiar en la bondad de Dios, pase lo que pase.

Y aquí hay un consejo rápido para comenzar a confiar en la bondad de Dios. No importa cuán malas sean las cosas en este momento de tu vida, comienza a buscar hoy señales de la bondad de Dios. Escribe diez señales de la bondad de Dios todos los días, sin importar cuán pequeñas sean. Una vez que comiences a verlas, notarás que hay muchas más.

Es hora de levantarse

La parte más difícil de tu triunfo aún está por venir. Estas palabras no van a mejorar todo mágicamente, por más que desearía que pudieran hacerlo. Comprender lo que se ha escrito aquí es un gran comienzo, pero la parte difícil viene después: ponerlo en práctica. Jesús dijo una vez: “A cualquiera que me oye estas palabras, y las pone en práctica, lo compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca” (Mateo 7:24). En definitiva, tienes que actuar. Tienes que hacer lo que ha hecho todo luchador que haya sido *derribado* pero no *vencido*: tienes que *levantarte* y volver a comenzar. Por más agotador y doloroso que sea, debes poner tus piernas firmemente debajo de ti y comenzar a pararte sobre algo sólido.

Dependiendo de lo que estés enfrentando, esto te puede parecer imposible, pero recuerda que no estás solo. Por todo el mundo hay personas que también están tomando la decisión de levantarse y volver a comenzar después de haber sido derribados por la vida. ¡Únete a ellos! Recuerda que tú tienes un arma secreta: Jesús está contigo. A él le importa lo que te sucede, sabe cuánto duelen los reveses de la vida y le ha mostrado al mundo que tiene poder como para levantarse de la muerte.

Y ahora, ¿qué?

A continuación hay algunas sugerencias prácticas sobre cómo encarar tus adversidades, basadas en lo que previamente has leído. Si bien no son exhaustivas, creo que te van a ayudar.

1. Dios nunca nos prometió una vida sin problemas.

- a. Da gracias a Dios por los días sin problemas, reconociendo lo especiales que son.
- b. Apoya a quienes están pasando por grandes dificultades ofreciéndote a ayudarlos, orando por ellos y/o contribuyendo financieramente para brindarles alivio.
- c. Lee los Evangelios, especialmente las últimas partes, para recordar que no estás solo; Dios no es ajeno a tus problemas.
- d. Únete a un grupo de apoyo de personas que están pasando por problemas similares; cuanto más te des cuenta de que no estás solo, mejor va a ser.

2. Dios puede redimir hasta los problemas más insensatos.

- a. Piensa y escribe cómo Dios usó (no causó) tus problemas en el pasado para formarte.
- b. Comienza a pedirle a Dios más por tu formación que por tu protección.
- c. Lee las biografías de personas como Corrie ten Boom, Jim Elliot u otras figuras inspiradoras que fueron moldeadas por sus problemas.

3. Dios siempre es bueno con quienes lo aman.

- a. Registra en un diario las formas en que Dios te muestra su bondad, no importa cuán pequeñas sean.
- b. Lee historias de la bondad de Dios en los demás. El libro de los Salmos es un excelente lugar para comenzar al igual que las primeras partes de los Evangelios, donde Jesús se preocupa por las personas que sufren.



Copyright © 2020 CPTLN
Todos los derechos reservados

Sentido Latino es un programa de Cristo Para Todas Las Naciones,
un ministerio cristiano mundial cuya misión es
Llevar a Cristo a las naciones, y las naciones a la iglesia.

Las citas bíblicas han sido tomadas de la Biblia Reina Valera Contemporánea,
Copyright © 2009, 2011 Sociedades Bíblicas Unidas.

660 Mason Ridge Center Dr., St. Louis, Missouri 63141-8557
1-800-972-5442 • www.lhm.org • 6BS80-SL